



Conciencia, responsabilidad y fidelidad a Cristo en tiempos de confusión

Vivimos en una época en la que muchos católicos se sienten profundamente confundidos ante la política. Cada elección parece convertirse en un dilema moral. Por un lado, se nos insiste constantemente en que “hay que votar”. Por otro, muchos partidos promueven leyes abiertamente contrarias a la ley de Dios: aborto, eutanasia, ideología de género, destrucción de la familia, ataques a la libertad religiosa o normalización del pecado.

Entonces surge inevitablemente la pregunta:

¿Es pecado votar a partidos que promueven leyes anticristianas?

La respuesta no puede darse con simplismos, consignas partidistas ni sentimentalismos. Es una cuestión seria, moral y espiritual. Porque votar no es solamente un acto político: también es un acto moral.

Y como todo acto moral, será juzgado por Dios.

La política no está separada de la fe

Uno de los mayores errores modernos consiste en pensar que la religión pertenece exclusivamente al ámbito privado y que la política funciona según reglas independientes de la moral cristiana.

Pero eso jamás fue la enseñanza de la Iglesia.

Cristo no es solamente Rey del corazón individual. Cristo es Rey de las naciones.

La Sagrada Escritura afirma:

“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.”

— Hechos 5,29



Y también:

“*¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien!*”
— *Isaías 5,20*

La política tiene consecuencias morales reales. Las leyes moldean sociedades enteras. Una ley injusta no deja de ser injusta porque haya sido votada democráticamente.

La democracia no convierte el mal en bien.

Durante siglos, la Iglesia enseñó claramente que el Estado debe reconocer la ley natural y respetar el orden querido por Dios. Cuando una sociedad legisla contra la vida, contra la familia o contra la verdad moral, no está “progresando”: está rebelándose contra el orden divino.

El voto no es neutral

Muchos católicos actúan como si votar fuera un gesto sin consecuencias espirituales. Pero la Iglesia siempre entendió que participar en la vida pública implica responsabilidad moral.

El Catecismo enseña:

“*El ciudadano está obligado en conciencia a no seguir las prescripciones de las autoridades civiles cuando son contrarias a las exigencias del orden moral.*”
— *Catecismo de la Iglesia Católica, 2242*

Esto tiene implicaciones enormes.

Porque cuando una persona apoya deliberadamente a quienes promueven males gravísimos, debe examinar seriamente su conciencia.



No se trata simplemente de “tener preferencias políticas”. Se trata de cooperar —directa o indirectamente— con proyectos legislativos que pueden destruir vidas humanas y almas.

¿Qué son las “leyes anticristianas”?

Antes de continuar, debemos aclarar qué significa realmente este término.

No hablamos de leyes imperfectas o de desacuerdos económicos legítimos entre católicos. La Iglesia admite pluralidad en muchas cuestiones políticas prudentiales.

Pero hay materias donde no existe libertad moral para el católico.

Por ejemplo:

- El aborto.
- La eutanasia.
- La destrucción jurídica del matrimonio.
- La ideología de género impuesta a niños.
- La persecución de la libertad religiosa.
- La manipulación de la naturaleza humana.
- La promoción pública de conductas gravemente inmorales.
- La explotación de embriones.
- Las políticas contrarias al derecho natural.

Sobre estos temas, la doctrina católica es clara y constante.

San Juan Pablo II enseñó en la encíclica *Evangelium Vitae*:

“Las leyes que autorizan y favorecen el aborto y la eutanasia se oponen radicalmente no solo al bien del individuo, sino también al bien común.”

No es una cuestión de “sensibilidad religiosa”. Es una cuestión de ley moral objetiva.



El gran problema moderno: separar la fe del voto

Muchos bautizados dicen frases como:

- “Yo personalmente estoy en contra, pero...”
- “No hay partidos perfectos.”
- “La religión no debe influir en política.”
- “Lo importante es la economía.”
- “Hay otros temas más importantes.”

Pero aquí debemos ser extremadamente claros:

Ningún tema económico justifica el asesinato de inocentes

No existe prosperidad material capaz de compensar el exterminio legal de niños no nacidos.

No existe estabilidad política que haga aceptable una ley intrínsecamente perversa.

La Iglesia distingue entre males prudenciales y males intrínsecos.

Un mal intrínseco es un acto que jamás puede justificarse moralmente, independientemente de las circunstancias.

El aborto es uno de ellos.

La eutanasia también.

Por eso, un católico no puede relativizar estas cuestiones como si fueran simples propuestas electorales más.



¿Votar a un partido abortista es siempre pecado?

Aquí debemos hacer una distinción teológica importante y muy seria.

La moral católica distingue entre:

- cooperación formal con el mal
- cooperación material con el mal

Cooperación formal

Sucede cuando alguien apoya el mal precisamente porque está de acuerdo con él.

Por ejemplo:

- votar a un partido porque promueve el aborto,
- apoyar leyes anticristianas conscientemente,
- alegrarse del avance del pecado.

Esto constituye pecado grave.

Cooperación material

Sucede cuando una persona no desea el mal en sí, pero su acción contribuye indirectamente a él por otros motivos.

Aquí entramos en un terreno más complejo.

Por ejemplo, alguien podría votar a un partido a pesar de sus políticas anticristianas debido a otras cuestiones que considera importantes.

¿Es moralmente aceptable?

La Iglesia enseña que solo podría tolerarse en circunstancias muy graves y proporcionadas, y



nunca con indiferencia moral.

Pero aquí surge un problema enorme:

Hoy muchos católicos ya no consideran el aborto o la eutanasia como asuntos prioritarios

Ese es el verdadero drama espiritual.

Cuando el corazón se acostumbra al mal, la conciencia se adormece.

La formación de la conciencia: una obligación olvidada

La conciencia no es “hacer lo que uno siente”.

La conciencia debe formarse según la verdad.

Muchos creen que basta con decir:

▮ *“Yo he votado según mi conciencia.”*

Pero una conciencia mal formada puede equivocarse gravemente.

San John Henry Newman decía:

▮ *“La conciencia tiene derechos porque tiene deberes.”*

Y el primero de esos deberes es buscar la verdad.



Un católico que jamás estudia la doctrina social de la Iglesia, que nunca consulta el Evangelio y que adopta automáticamente las ideas del mundo corre el riesgo de deformar profundamente su juicio moral.

El pecado de omisión política

Hay otro aspecto del que casi nunca se habla.

No solo puede pecarse por apoyar el mal.

También puede pecarse por cobardía, indiferencia o pasividad.

Muchos cristianos guardan silencio mientras su sociedad aprueba leyes gravemente inmorales.

Otros prefieren no “complicarse”.

Otros dicen:

“*La política no me interesa.*”

Pero la indiferencia ante el mal nunca fue neutral.

El profeta Ezequiel transmite una advertencia durísima:

“*Si no hablas para advertir al malvado de su conducta, él morirá por su culpa, pero a ti te pediré cuentas de su sangre.*”

— *Ezequiel 33,8*



¿Existe el “mal menor”?

Esta es probablemente una de las cuestiones más difíciles.

¿Qué ocurre cuando todos los partidos tienen aspectos inmorales?

La Iglesia reconoce que en situaciones concretas puede ser lícito elegir una opción menos dañina para limitar un mal mayor.

Pero esto exige discernimiento serio, no excusas cómodas.

No significa:

- aprobar el mal,
- justificar ideologías anticristianas,
- relativizar principios morales absolutos.

Significa intentar reducir daños cuando no existe una opción plenamente moral.

Sin embargo, esta lógica del “mal menor” ha sido enormemente abusada en el mundo moderno. Muchos terminan votando continuamente a estructuras políticas profundamente anticristianas bajo la excusa de evitar algo peor.

Y así, el mal se normaliza elección tras elección.

Los primeros cristianos no negociaban con el paganismo

Vale la pena recordar algo importante.

Los primeros cristianos vivían bajo gobiernos profundamente corruptos y paganos. El Imperio Romano aprobaba prácticas monstruosas:

- abortos,
- infanticidios,



- prostitución ritual,
- esclavitud brutal,
- persecuciones.

Y aun así, los cristianos no adaptaron el Evangelio al espíritu de la época.

No dijeron:

“*Debemos ser prácticos.*”

Prefirieron perder privilegios, prestigio e incluso la vida antes que colaborar con el mal.

Hoy, en cambio, muchos cristianos parecen más preocupados por ser aceptados culturalmente que por ser fieles a Cristo.

El problema del “católico de etiqueta”

Vivimos una época de enorme confusión doctrinal.

Hay personas que se identifican como católicas mientras apoyan públicamente leyes contrarias a la moral cristiana.

Eso no es algo nuevo.

Ya San Pablo advertía:

“*Vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina.*”
— 2 Timoteo 4,3

El problema aparece cuando la identidad católica se convierte en una etiqueta cultural vacía.

La fe deja de transformar la vida concreta.



Y entonces el voto termina guiándose por:

- ideologías,
- emociones,
- propaganda,
- intereses económicos,
- tribalismo político,
- miedo,
- resentimiento.

Pero el cristiano no pertenece primero a un partido.

Pertenece a Cristo.

La doctrina social de la Iglesia: una gran desconocida

Muchos creen erróneamente que la Iglesia no tiene nada que decir sobre política.

Pero existe toda una tradición doctrinal inmensa:

- la dignidad de la persona,
- el bien común,
- la subsidiariedad,
- la justicia social,
- la defensa de la vida,
- la familia,
- la libertad religiosa,
- el orden moral natural.

Desde León XIII hasta Pío XI, pasando por San Juan Pablo II y Benedicto XVI, la Iglesia ha enseñado constantemente que la fe debe iluminar también la vida pública.

No para instaurar una tiranía religiosa, sino para recordar que no puede existir verdadera justicia sin verdad moral.



¿Puede un católico votar “sin entusiasmo”?

Sí. Y en muchos casos esa puede ser precisamente la situación real.

A veces ningún partido representa adecuadamente la visión cristiana.

Entonces el católico debe actuar con prudencia, oración y conciencia recta.

Puede ocurrir que una persona vote no porque apruebe plenamente a un partido, sino porque intenta limitar males mayores.

Pero incluso en esos casos:

- debe rechazar explícitamente el mal,
 - no puede justificar lo injustificable,
 - no debe convertirse en propagandista del error,
 - debe seguir trabajando por una sociedad más cristiana.
-

El verdadero problema no es político: es espiritual

La decadencia política de Occidente no comenzó en las urnas.

Comenzó en el corazón.

Las leyes anticristianas son consecuencia de sociedades descristianizadas.

Cuando un pueblo deja de rezar, deja de creer.

Cuando deja de creer, deja de vivir moralmente.

Y cuando abandona la moral, termina legislando el pecado.



Por eso la solución profunda nunca será únicamente política.

Necesitamos:

- conversión,
- penitencia,
- formación,
- oración,
- valentía,
- evangelización,
- familias verdaderamente católicas.

Sin renovación espiritual, ninguna victoria electoral salvará una civilización.

El cristiano debe actuar con caridad... pero también con verdad

A veces se acusa a los católicos fieles de ser “intolerantes” por oponerse a ciertas leyes.

Pero amar no significa aprobar el error.

Cristo acogía a los pecadores, pero jamás bendecía el pecado.

La auténtica caridad busca el bien eterno de las almas.

Y eso implica defender la verdad incluso cuando resulta impopular.

¿Qué debe hacer concretamente un católico



antes de votar?

1. Formar su conciencia

No dejarse manipular únicamente por medios, emociones o propaganda.

Leer el Catecismo.

Conocer la doctrina social de la Iglesia.

2. Examinar los programas políticos a la luz de la moral

No basta con analizar impuestos o economía.

Hay cuestiones morales no negociables.

3. Rezar

Sí, rezar.

Porque el voto también tiene dimensión espiritual.

Pedir luz al Espíritu Santo.

4. Evitar el fanatismo político

Ningún partido es el Reino de Dios.

La idolatría política destruye la fe.



5. Recordar que la salvación no vendrá de un sistema humano

Solo Cristo salva.

No un líder.

No una ideología.

No un parlamento.

El juicio de Dios sobre las naciones

La Biblia muestra repetidamente que Dios juzga también a los pueblos y a las civilizaciones.

Cuando una sociedad institucionaliza el mal, las consecuencias terminan llegando:

- violencia,
- corrupción,
- decadencia moral,
- destrucción familiar,
- desesperanza,
- vacío espiritual.

La historia está llena de ejemplos.

Ninguna civilización sobrevive mucho tiempo cuando destruye sistemáticamente la verdad moral sobre la que fue construida.



Una reflexión final para tiempos difíciles

Muchos católicos sienten hoy impotencia.

Ven avanzar leyes injustas.

Ven persecución cultural.

Ven confusión incluso dentro de ambientes eclesiales.

Pero precisamente en tiempos así se necesita claridad, valentía y fidelidad.

El cristiano no está llamado a ganar popularidad.

Está llamado a permanecer fiel.

Aunque el mundo entero diga que el mal es bien.

Aunque la presión social sea enorme.

Aunque resulte incómodo.

Cristo dijo:

“*Vosotros sois la sal de la tierra.*”

— *Mateo 5,13*

Y la sal que pierde su sabor ya no sirve para nada.

Conclusión: votar también es un acto moral

Entonces, ¿es pecado votar a partidos que promueven leyes anticristianas?



La respuesta exige discernimiento, honestidad y formación doctrinal.

- Si alguien apoya deliberadamente males graves como el aborto o la eutanasia, entra en una situación moral muy seria.
- Si coopera indirectamente por razones proporcionadas, debe hacerlo con conciencia recta y rechazando claramente el mal.
- Si vota con indiferencia moral, ignorando la ley de Dios, pone en peligro su conciencia.

El católico no puede separar su fe de su vida pública.

Cristo debe ser Señor también de nuestras decisiones políticas.

Porque al final, más allá de partidos, ideologías y elecciones, cada alma comparecerá ante Dios.

Y allí no se preguntará si fuimos progresistas o conservadores.

Se preguntará si fuimos fieles a la verdad.